

Reinventar la diferencia

«Una gallina no es un pájaro,
ni una mujer una persona»
(Proverbio ruso).

Desde que a Pandora se le ocurrió abrir la fatídica caja, ha transcurrido mucho tiempo, pero no el suficiente -al parecer- para desterrar siglos y siglos de misoginia, sedimentados y arropados por una forma de pensamiento que condena a la mujer al silencio, al ostracismo o al desprecio por haber introducido la maldad en el mundo.

Cierto que hubo ya intentos, en los albores de la filosofía, destinados a contrarrestar esta visión que -además de sostener como premisa fundamental la inferioridad «natural» de la mujer en cualquier aspecto- reduce lo femenino a lo subjetivo, lo contingente, cuya existencia y valoración depende exclusivamente de su oposición/relación con el varón -con lo masculino en definitiva- mientras este último acaba por erigirse en símbolo representativo de lo humano y, por ende, legitimado para ostentar el poder sea en el ámbito reflexivo, sea en la esfera práctica.

Otra versión -no menos sospechosa- es aquélla que pretende hallar una esencia de la femineidad en la posesión de determinadas cualidades o valores específicos y permanentes que vendrían a completar -siempre desde una perspectiva androcéntrica- los atributos, asimismo, esencialmente masculinos. A todo ello se refiere Simmel, el cual señala la tendencia a absolutizar la relatividad del par masculino/femenino, insistiendo en el carácter neutral y objetivo del saber, por ejemplo, cuando su configuración a lo largo del tiempo ha sido y es -incluso ahora en que participan las mujeres, habría que añadir- totalmente masculina¹.

Fueron precisamente los sofistas quienes -en coherencia con el conjunto de sus teorías filosóficas- romperían una lanza a favor de la igualdad entre los sexos, convencidos del carácter relativo y convencional de cuanto acontece en las relaciones humanas. Sin embargo, como sabemos, sus planteamientos obtu-

* Profesora de Estética y Teoría de las Artes de la Universidad de Valencia.

1 G. Simmel: *Sobre la aventura*. Barcelona. Península, 1988, p. 56 y ss.

vieron escasa resonancia o bien fueron rechazados, cuando no denostados, por la corriente dominante, cuyos paladines eran Platón -ambiguo, en ocasiones, al respecto, permitiendo su participación activa en la polis- y Aristóteles, abiertamente en contra de que las mujeres accedieran al conocimiento por su manifiesta incapacidad, lo cual supondría además, una subversión del orden jerárquico -que las predispone a la obediencia- implícito en la propia Naturaleza.

Así, extrañamente, Aristóteles, con su idea de la absoluta superioridad del hombre sobre la mujer, consiguió que Platón se convirtiera, para algunos, en el primer feminista de la historia, siendo que éste también entiende que, en general, el hombre -no en razón de su sexo, pero sí de sus mayores capacidades- se sitúa por encima en cualquier actividad que realice.

Entretanto, los planteamientos sofísticos, silenciados o malinterpretados. Primera oportunidad histórica, pues, desaprovechada, para destruir el aparato conceptual e ideológico, que proporcionará posteriormente argumentos para justificar la expulsión de la mitad de nuestra especie, esta vez de la mano de Eva, no sólo del Paraíso -de donde al menos salió acompañada- sino del devenir concreto de la humanidad.

No obstante, resulta curioso -por no decir irritante e incongruente- que, por un lado, se otorgue un protagonismo tal a la mujer como para convertirla en causa única, tanto del sufrimiento en la tierra como de la caída del hombre; y por otro, se insista en reducirla al papel de comparsa inevitable para asegurar la descendencia. Zeus, incluso le arrebató ese privilegio -el Dios cristiano, más benévolo, se limitó a señalar que pariría con dolor- creando a Atenea de su propia cabeza y a Dionisio de su muslo; pero el hombre, en la mitología griega, también asume su parcela de responsabilidad y el robo del fuego por parte de Prometeo desató la furia divina, trayendo al mundo a la «raza femenina, la fatal raza, la ralea del género femenino», como escribiera Hesíodo, relatando el nacimiento de Pandora.

Si bien mitos y leyendas pudieran interpretarse como fecundos ejercicios literarios que dan alas a la imaginación, su trasfondo suele ser reflejo de las ideas que impregnan un pueblo o una cultura. No hay cuentos inocentes. Tampoco es cuestión de ceñirnos a rastrear los antecedentes más o menos ilustres que han ido componiendo una imagen distorsionada y arquetípica del genérico «mujer», caracterizado así -conjunta e indiscriminadamente- como un todo indiferenciado, en el que no ha lugar a manifestaciones individuales.

El «eterno femenino», el «sexo débil» y otros estereotipos semejantes, funcionan como recurso lingüístico que expresa, a modo de síntesis, la ligereza con que se saldan a menudo las polémicas en torno a la necesidad de re-descubrir el concepto genérico «humanidad» para reelaborar la historia del pensamiento -si ello fuera preciso- a fin de comprender nuestra existencia en un sentido auténticamente antropológico.

Tal vez, de ese modo, nos aproximemos a ese feminismo filosófico que re-

clama Amelia Valcárcel, cuando subraya que «filosofía feminista no es traer a la memoria oxidadas opiniones que tal o cual filósofo mantuvo sobre algo que se da en llamar *la mujer*, (...) sino que consiste en preguntarse si, por ejemplo, *la mujer* o *las mujeres* son algo de lo que quepa legítimamente establecer una predicación, si esos genéricos son sujeto u objeto para una teoría sólida»².

Uno de los instrumentos más eficaces para consagrar la exclusión de las mujeres en el mundo social -en la esfera pública- lo ha constituido, sin lugar a duda, el negarles la palabra: ésta, lo mismo que el pensamiento, es patrimonio del varón, aunque no todos los hombres -sólo los pertenecientes a una clase o sociedad concretas- puedan ejercer esa prerrogativa.

En este punto, sería inevitable recordar de nuevo a «venerables predecesores», aunque sólo fuera para mostrar el profundo arraigo del discurso único y prepotente en torno a las relaciones hombre-mujer; sin embargo, además de continuar desenmascarando postulados teóricos -que ya van siendo ampliamente contestados³- son cada vez más frecuentes los estudios o las publicaciones que también dan testimonio de las raíces históricas de esa lucha por acceder a la condición de ser humano en la que, por supuesto, el sexo femenino no es el único colectivo marginado.

Como destaca A. Valcárcel «el miedo a la igualdad es tan antiguo como la aspiración a la igualdad», aunque el primero siempre se haya refugiado en graves construcciones conceptuales. Y es el deseo de algo tan elemental como ser consideradas personas -sin adjetivos ni restricciones- lo que ha impulsado a muchas mujeres a escribir, a reclamar su presencia activa en la sociedad, más allá de cualquier coerción.

De ese afán -aunque con criterios muy distintos- por mostrar las posibilidades de una existencia en común sin disensiones ni enfrentamientos, está repleta la historia, donde encontramos las más variadas construcciones «utópicas», propuestas como modelos de sociedades que funcionan en perfecta armonía. Desde Platón a San Agustín, Campanella o Moro, hasta Morris, Bellamy y -ya en nuestro siglo- Orwell o Huxley, todos ellos han pretendido con sus *no-lugares*, resolver las diferencias entre los seres humanos, acudiendo a las más variadas doctrinas políticas e ideológicas. No obstante, comparten entre sí esa perspectiva que sitúa al varón como eje del desarrollo social, ¿sin percibir? que se trata más bien de una apropiación de lo humano, en favor de lo masculino. En términos tomados de Amparo Moreno, podría hablarse de la *opacidad androcéntrica del discurso utópico*, entendiendo por tal que estas concepciones teóricas no sólo son fruto de una visión masculina del mundo, sino también del etnocentrismo.

2 A. Valcárcel: *Sexo y filosofía*. Barcelona. Anthropos, 1991, p. 105.

3 Un trabajo, por ejemplo, que ofrece una lectura no-androcéntrica del discurso es el realizado por Amparo Moreno: *La otra «política» de Aristóteles*. Barcelona. Ed. Icaria, 1988, de la cual nos descubre aspectos, hasta entonces, inéditos o infravalorados.

Por ello, tal vez resulte gratificante y, sobre todo, enriquecedor -en la medida que se sustrae a tales planteamientos-, recordar una de las primeras voces femeninas inconformistas, que se rebeló contra la sumisión y la docilidad impuestas tradicionalmente a la mujer -siempre considerada madre, hija o esposa- pena de sufrir el anatema de Lilith. Me estoy refiriendo a Christine de Pizan (1365-1431), cuya obra literaria es un ejemplo paradigmático de esa toma de conciencia, de ese sentirse y pensarse diferente -porque otros lo han querido/establecido así- o el desgarró interno con que cantidad de seres humanos viven la discriminación y la hostilidad por parte de quienes se autoproclaman elegidos para ejercer el dominio social. Cuando la *querelle des femmes* apenas estaba en sus inicios ella se vio obligada, casi a su pesar, a desenvolverse en cometidos estrictamente varoniles, y -aún sintiéndose fuera de lugar- confesaba perpleja: «...però vaig experimentar que m'havia convertit en un home de debò».

Si bien sus primeros pasos en el mundo de las letras fueron estimulados por las necesidades más apremiantes de la vida cotidiana -gracias, desde luego, a la educación recibida y a su vocación por la escritura- inmediatamente se identifica con su condición de mujer, sin que por ello pierda interés en los asuntos más candentes de su época. Justamente uno de los temas que empezaba a despertar polémica -y origen de los debates que se sucederán en el Renacimiento- era la presunta inferioridad/maldad de la mujer, presente, aunque guadianizada a veces, en la mayoría de los pensadores a lo largo de la historia y que a fines del siglo XIV iba *in crescendo*.

La absoluta vigencia del planteamiento de Christine de Pizan viene determinada, no sólo por cuestionar la autoridad -o mejor la legitimidad- del discurso androcéntrico, sino porque, retomando las claves en las que se sustenta éste, propondrá una visión no antagónica de las relaciones humanas. No obstante, una de sus obras fundamentales, *Le Livre de la Cité des Dames* (1405) título inspirado -no casualmente- en la Ciudad de Dios agustiniana y construido en forma de alegoría, resuelve el conflicto con la creación de un espacio -una ciudad amurallada- en el que únicamente conviven mujeres.

Su decidida intervención para reivindicar la bondad, la inteligencia o la fuerza como cualidades *también* femeninas, es contrastada con ejemplos concretos tomados de la realidad o de la literatura -un recurso bastante generalizado en los escritores coetáneos- y cuya deuda con Boccaccio ella misma explicita; por otra parte, esas mujeres que, desde la Antigüedad, han destacado bien en la ciencia o en el arte, bien al frente del gobierno o por sus virtudes morales, desmienten a cuantos apoyándose en el genérico «mujer», renuncian al análisis social de las causas que han propiciado su marginación.

En ese sentido, el caso de la misma Christine de Pizan es bastante atípico: culta, humanista e intelectual, escritora profesional de éxito, así y todo, sufre en carne propia, atropellos e injusticias por pertenecer al «segundo sexo». Y en sus

textos, es inevitable que asome en ocasiones, que se destaque en otras, como cuestión vital, el hecho de ser mujer y no hombre: esta característica biológica incontestable será el filtro inicial, a través del cual, todo queda coloreado. Ello no tiene porqué extrañarnos ni tampoco que, por el contrario, los hombres no aludan -sean filósofos, artistas o científicos- a su condición de tales. «Si acotamos un tanto sumariamente la relación histórica entre los sexos como la existente entre el señor y el esclavo, convendremos en que uno de los privilegios del señor es que no necesita estar pensando siempre que es el señor, mientras que la posición del esclavo determina que éste nunca olvide su posición. No puede desconocerse que es mucho más raro que la mujer pierda la consciencia de su condición femenina que el varón la de su condición masculina»⁴.

El comienzo de *Le Livre de La Cité des Dames* no puede ser más significativo: la lectura una y otra vez de textos de filósofos, poetas y moralistas -cuyo prestigio es incuestionable- apunta siempre en la misma dirección: la mujer es intrínsecamente mala e inclinada al vicio; la autora -el libro está escrito en primera persona- no sale de su asombro, pues no se atreve a pensar que tantos hombres ilustres puedan estar equivocados y, en principio, decide que son su propia ignorancia e ingenuidad las que le impiden reconocer -aunque tenga evidencias de lo contrario- la existencia de tan graves defectos en ella y en las demás mujeres. Sólo le asalta una duda ¿Cómo es posible que Dios -todo bondad e inteligencia- haya creado un ser tan abyecto? Y, en el caso de que, en efecto, fuera éste su propósito, lamenta pertenecer, sin remisión posible, al sexo femenino: «...¡ai, Déu meu!, ¡per què no m'has fet naixer mascle a fi que les meves inclinacions s'adrecin al teu servei, perquè no m'equivoqui en res i tingui aquesta gran perfecció que els homes diuen posseir!»⁵.

Cuando la desesperación porque «Déu m'hagués fet naixer en un cos femení», la sumerge en la tristeza y el abatimiento, la estancia se ilumina y aparecen tres damas -Razón, Rectitud y Justicia- que no sólo la van a consolar sino a hacerle comprender que en el terreno de las ideas -como ella muy bien sabe- existen opiniones encontradas y es en el interior de una misma, en la propia experiencia, donde hay que buscar la respuesta para hallar la verdad.

A partir de ese momento y ayudada por estos tres personajes -femeninos todos ellos- irá descubriendo la inexactitud de esa imagen de la mujer que la sitúa en términos de inferioridad física, psicológica e intelectual con respecto al elemento masculino. No obstante, el descubrimiento -en sí mismo alentador- no parece suficiente para compartir un mismo destino con el varón, por lo que habrá de crear una comunidad de mujeres ilustres -en la que sólo serán admitidas aquellas de probada virtud- y cerrada por completo arquitectónica y metafóricamente hacia el exterior.

4 G. Simmel: *op. cit.*, p. 57.

5 Ch. de Pizan: *La Ciutat de les Dames*. Barcelona. Edicions de l'Eixample, 1990, p.29.

Encontramos, pues, entre otras, dos cuestiones esenciales en el pensamiento de Pizan: la conveniencia y necesidad de que las mujeres tengan acceso a la educación así como su inscripción en una tradición utópica que confiere a aquéllas no sólo un papel relevante sino incluso único en la configuración de un lugar habitable, donde las relaciones de poder desaparecen.

Con respecto a la suposición de que las virtudes femeninas sufran menoscabo si se cultiva la inteligencia a través de los más variados saberes, existen múltiples referentes históricos como para refutar tales planteamientos e insiste en que, a mayor conocimiento, mayores posibilidades para adoptar una conducta correcta. En este punto, Christine de Pizan no puede sustraerse a ese ideal de mujer -todavía vigente en su época y en etapas posteriores- que exige la posesión de determinadas cualidades morales y, desde luego, el sometimiento al hombre, para no ser condenada socialmente; no obstante, su postura constituye un claro ataque a la pretendida superioridad masculina, ya que entiende que es la falta de preparación y no la carencia de facultades intelectuales, lo que ha impedido a las mujeres contribuir en mayor medida al progreso de la sociedad. Aun así, ahí están los nombres de Safo, Medea, Circe, Ceres... y un largo etcétera de filósofas, inventoras, reinas o artistas que aportaron grandes beneficios a la humanidad.

Bien, pues a esa clase de mujeres -sabias y virtuosas- corresponderá construir la ciudad, aunque para completarla, habitarla y convertirla en auténtica fortaleza, deban ayudarse de aquéllas que además, hayan destacado por su religiosidad.

Hemos visto que, junto a la corriente misógina -o paralelamente a ella- existe una herencia cultural defensora de la igualdad de la mujer e incluso una línea de pensamiento que otorga a ésta un puesto privilegiado, sean diosas, sacerdotisas o heroínas literarias, capaces de ejercer con más acierto si cabe, funciones reservadas tradicionalmente a los varones.

Si contemplamos *La Cité des Dames*, desde la perspectiva de la teoría feminista contemporánea -tal como propone María Milagros Rivera- advertiremos que «Pizan percibió lo que hoy llamamos la construcción social del género», con sus secuelas de jerarquía y subordinación, y por tanto, que era necesaria la edificación de un espacio «que no sólo está físicamente apartado (y no por un umbral, sino por una muralla) del mundo de los hombres, sino que es, además, una ginecotopía, un espacio social y político exclusivamente de mujeres»⁶.

Para ofrecernos esta «utopía de un espacio separado» -donde la familia no existe, sólo hermanas y amigas- Christine de Pizan se remite a las amazonas griegas, de cuya existencia no tenemos constancia, pero sí de su fuerza y supe-

6 M.M. Rivera: *Textos y espacios de mujeres*. Barcelona. Ed. Icaria, 1990, p. 195. El proyecto ginecotópico de Christine de Pizan, se completa con otro texto escrito aquel mismo año: *Le Livre des Trois Vertus* o *Le Tresor de la Cité des Dames*, un tratado de educación para las mujeres con el fin de ser útiles a la sociedad y, al mismo tiempo, poder entrar en su ciudad.

rioridad sobre los hombres -transmitidas a través de imágenes literarias o pictóricas que prendieron en otras culturas- que han servido a mujeres de épocas posteriores como prototipo para luchar por su emancipación.

Al margen de la consideración que nos pueda merecer -desde el punto de vista humano en general- el valor atribuido a la guerra o a la aptitud para distinguirse en ella, lo cierto es que es una forma de vida alternativa a las relaciones de parentesco impuestas por la sociedad patriarcal, lo que atrae a Christine de Pizan y, además, destaca que el coraje, la valentía o el heroísmo con que actuaban las mujeres de Escitia -llegando a gobernar un gran imperio- convertían en innecesaria la concurrencia del hombre como no fuera para el acto de concebir, pagándole con la misma moneda que aquél ha manejado usualmente

Al parecer, no es posible una solución armonizadora, a tenor del llamamiento que la autora dirige a sus compañeras de infortunio, esperanzada pero marcando la diferencia -por exclusión- con respecto al beligerante discurso masculino: «...dones de totes condicions (...) vosaltres que esteu mortes, vosaltres que viviu encara i vosaltres que vindreu en l'esdevenidor, alegreu-vos totes i sigueu felices per la nostra nova ciutat, que, gràcies a Déu, ja està gairebé tota construïda amb les cases ben disposades i les habitants ja quasi totes reunides»⁷.

La propuesta de Pizan en *La Cité des Dames*, inaugura así un género literario -el de las ginecotopías- que se irá acrecentando hasta llegar a nuestro siglo, en el que ha despertado el interés de buen número de escritoras, hecho harto significativo porque, en cierto modo, demuestra que la situación no ha cambiado sustancialmente.

Si la sociedad hubiera evolucionado/progresado a nivel político e ideológico en términos liberadores para ambos sexos, ¿seguiría soñando uno de ellos con prescindir del otro para realizarse plenamente?

7 Ch. de Pizan, *op. cit.*, p. 237. Existen algunos temas polémicos en la obra de Pizan -apenas esbozados aquí- que merecerían un tratamiento en profundidad: la religiosidad con continuas referencias a Dios y a la Virgen, pero también la sexualidad, la virginidad, el matrimonio, la violación, la importancia de la educación para las mujeres... y otros muchos que, tal como apunta la Introducción de Mercé Otero -traductora de este libro al catalán- corroboran su consideración como uno de los antecedentes históricos del feminismo.